BALCON

CONVIVENCIA

Desgarrados hoy los hombres y los pueblos por hondas y trágicas disensiones se encuentran tan fatigados que no anhelan ya sino simplemente convivir. Pero por trágica paradoja resulta que la simple convivencia no puede realizarse entre los humanos a manera de una yuxtaposición ciega y muda. Porque si por imposible pudiera darse una convivencia humana reducida al acto de vegetar, aún entonces no podría cumplir el hombre este acto inferior sin intercambiar bienes materiales —comida, vestido, habitación— lo que exigiría a su vez, para que la distribución asegurara a todos el minimum indispensable de que han menester, que todas las virtudes humanas, aún las más altas, fueran puestas en ejercicio.

Por esto, el milagro de la verdadera convivencia humana sólo pudo lograrse en la tierra cuando los hombres, sin descuidar ningún valor auténtico de suelo, aire y cielo, pusieron el ideal de su vida en una medida que es a la medida de Dios. Y fué la ciudad cristiana donde la plenitud de los valores humanos —que si no han de degenerar en fútiles o peligrosas abstracciones han de tener sabor y color de determinada tierra y determinada historia— se conjugaron con la plenitud de los valores divinos que únicamente se cumplen en la Iglesia Católica.

El drama de los hombres y de los pueblos lo constituye hoy esta terrible ilusión de imaginarse que sea posible una simple convivencia sin que juntamente se diese la plenitud de los valores humanos y divinos, armónicamente conjugados, como nos lo dió la ciudad cristiana.

Porque queremos simplemente convivir con todos los que habitan nuestro suelo y aún con todos los pueblos del mundo, y porque no se puede convivir ni siquiera vegetativamente si no se convive —al menos en cuanto al patrimonio público— en la plenitud de los valores que hemos heredado de la Europa cristiana, hemos de afirmar nuestra entrañable estima de estos valores y nuestra decisión de mantenerlos en nosotros vivos y aún, si fuere necesario, de defenderlos, ocupando el sitio que corresponde a varones, en la lucha entablada hoy por su supervivencia.

El Soberano Pontífice ha dicho el 23 de febrero último unas palabras de las cuales las nuestras no pretenden ser sino eco.

"La Iglesia, decía, no puede desvincularse concentrándose inerte en el ámbito de sus templos, y desertar de su misión providencial confiada por Dios de formar al hombre íntegro y colaborar sin descanso a la construcción del sólido fundamento de la Sociedad. Para Ella esta misión es esencial.

"Desde este punto de vista puede considerarse a la Iglesia como la asamblea de aquellos que, bajo la influencia sobrenatural de la Gracia, en la perfección de su dignidad personal como hijos de Dios y en el desarrollo armonioso de todas las inclinaciones y energías humanas, construyen la poderosa estructura de la convivencia humana."

BALCÓN.



LOS DOS SENTIDOS DE

La desnaturalización del sentido de los términos, propia de una época que no se cura de precisiones verbales, ha engendrado contradicciones drásticas entre su acepción rigurosa y la que el uso corriente le depara. Resulta así fecunda en equívocos de grave repercusión la alteración del vocablo "hegemonía", tan frecuentemente empleado en la nomenclatura política de nuestro tiempo.

La interpretación usual ha querido hacer de la hegemonía la gravitación que un Estado ejerce sobre otro apoyándose exclusivamente en la superioridad de su fuerza. Si nos atenemos, en cambio, al significado etimológico de la palabra, que es por otra parte el tradicional, hegemonía significa literalmente "guía". Traducida políticamente, la expresión nos exhibe la existencia de un Estado rector. Pero esta rectoría no tiene ya como fundamento exclusivo la fuerza. Porque el que guía no coacciona; indica caminos y marca rumbos con su ejemplo.

Históricamente, la hegemonía, se entendió siempre en este segundo y recto significado. Lo que hoy se denomina erróneamente hegemonía llamóse entonces dominación que es cosa esencialmente distinta. Dando ahora un paso adelante, nos preguntamos: ¿Qué significa guiar? La respuesta más adecuada parece la siguiente: Guiar, en lo social, es ante todo invitar a formas superiores de convivencia. Estas formas son aceptadas por ser superiores, no por ser impuestas. En los períodos clásicos, todo Estado hegemónico ha sido un Estado dotado de formas superiores de convivencia.

El pasado nos ratifica este aserto. En la antigua Grecia dos Estados hegemónicos —Atenas y Esparta— erigieron otros tantos tipos ideales de sociabilidad y gracias a ello se repartieron la conducción espiritual y política de la Hélade. Roma fué el gran Estado hegemónico de Occidente porque su magnífico poder expansivo y la perfección técnica de su maquinaria estatal otorgaron máxima universalidad a sus formas de convivencia. Cuando se enuncia el lugar común de que Roma "asimiló" a los pueblos vencidos, se quiere decir sobre todo que, superando las diferencias étnicas y raciales que los dividían, les proporcionó a todos un único cartabón de vida social y jurídica. Signo clásico de toda hegemonía robusta: la comunidad con el vencedor fué pedida como privilegio; nunca resistida como opresión.

Más adelante, el Pontificado medioeval fué también depositario de la hegemonía sobre casi toda Europa. Como poder puramente religioso (su fuerza material nunca guardó relación con aquél) ejerció de dos maneras influencia en la vida social: directamente, por su propio magisterio espiritual, e indirectamente, mediante el brazo secular de reyes y emperadores. Y precisamente, en la medida en que el poder moral de que estaba investido superó al poder material, la coacción se redujo al mínimo. Fué la hegemonía más libremente aceptada que nos presenta la historia.

La última manifestación de la hegemonía clásica según la acepción del vocablo que venimos sustentando, nos la proporciona la Inglaterra del siglo XIX. Estamos evidentemente, en un período de decadencia. No se trata ya de proponer ideales sobrenaturales ni cánones más altos de cultura socialmente vividos por el pueblo hegemónico. La hegemonía se traduce en la expansión de derecho público y en la aceptación universal de ciertos usos secundarios (1). Desde el Congreso de Viena hasta el tratado de Versalles, el mundo liberal y burgués se siente feliz imitando en sus leyes y en sus convencionalismos a la pequeña isla boreal. El sistema parlamentario, la práctica de los deportes y el culto de la higiene personal quedan todavía hoy como formas del vivir colectivo consagradas por la gravitación de una potencia hegemónica.

La expresión "formas de convivencia" podría inducir a error sobre la naturaleza del hecho que encierra. Aparentemente se trataría de moldes estáticos e inmutables. En verdad se trata de elementos vitalmente dinámicos, de un continuo proyectar. Por eso, la hegemonía supone, además, una cierta vocación misional. La posesión de formas superiores de convivencia, más que punto de partida, es casi siempre corolario de esa apelación misteriosa que la Providencia formula a los pueblos por intermedio de la historia. Sin ella no basta, para la hegemonía, el logro de un alto nivel cultural. Testigo, la Italia del Renacimiento.

En cuanto a las relaciones entre la hegemonía y la fuerza, no debe pensarse, por exceso inverso, que una y otra marchen por cuerda separada. La fuerza, por el contrario, es ingrediente indispensable de la hegemonía. Dice Ortega que la sugestión moral y la imposición material van íntimamente fundidas en todo acto de imperar. Por eso la nación que pierde poderío deja *ipso facto* de ser hegemónica o, más exactamente, la nación que deja de ser hegemónica acaba perdiendo su poderío.

Pero, para volver a nuestra primera consideración, el error moderno consiste en creer que la fuerza es la causa eficiente de la hegemonía cuando, a lo sumo, es su causa instrumental. La fuerza resulta necesaria para imponer la hegemonía en ambientes reacios, para resguardarla contra hegemonías rivales o simplemente para rodearla de prestigio. Sin embargo, la fuerza no *es* la hegemonía. Las conquistas de Roma no tuvieron por objeto establecerla sino hacerla posible. De la confrontación de dos formas de convivencia: la del vencedor, que ofrece con ellas un "sugestivo proyecto de vida en común" y la del vencido que no ofrece nada, surge la superioridad de la primera en cuyas manos la última abdica el poder político y social. Cuenta Horacio que el Emperador Augusto.

Ianum Quirini clausit et ordinem
rectum evaganti frena licentiae
iniecit emovitque culpas
et veteres revocavit artes (2)

Y agrega que gracias a ello

...latinum nomen et italae
crevere vires famaque et imperi
porrecta majestas ad ortus
solis ab hesperio cubili. (3)

Tratando, pues, de aislar en estos puntos las constantes históricas, se nos revela que la capacidad hegemónica supone previamente: a) una vocación; b) la posesión de formas superiores de convivencia y c) el manejo instrumental de la fuerza material. El ejercicio de la hegemonía resulta imposible si falta en absoluto alguno de estos elementos. Por eso el contacto hostil de dos pueblos de diferente nivel social determina uno de estos dos efectos inmediatos: la absorción o el aniquilamiento. El exceso de poder material en el vencedor sobre sus formas de convivencia determinó la desaparición, en manos de los turcos, de la civilización bizantina. En cambio, al conquistar Paulo Emilio la Acaya, Grecia había dado ya a Roma todo cuanto ésta podía recibir de su legado cultural. El traspaso de hegemonía se hizo naturalmente porque la superioridad pertenecía desde tiempo atrás al vencedor.

* * *

El signo más grave que a nuestro juicio ofrece el panorama contemporáneo es que las potencias hoy dotadas de mayor capacidad hegemónica desde el punto de vista materia, son las menos dotadas desde el punto de vista de sus formas de convivencia. Hemos visto que hasta este momento, en el Occidente cristiano, se habían dado la



L A P A L A B R A H E G E M O N I A

mano la fuerza y la superioridad convivencial. Ahora, en cambio, descubrimos que las dos potencias que emergen de la pasada guerra con indiscutibles primacía —Rusia y los Estados Unidos— son absolutamente incapaces de ejercer hegemonía en el sentido recto de la palabra porque carecen de formas superiores de convivencia y no pueden por tanto ofrecer ningún proyecto superior de vida comunitaria. Por eso el mundo se encuentra seriamente amenazado de un brusco descenso en su ordenamiento social.

Claro está que sería simplista equiparar con rasero la forma de convivencia rusa a la forma de convivencia yankee. Es verdad que en ambas rige el predominio de la masa con todas sus nefastas secuelas, odio a la personalidad, gustos adocenados, desprecio por las formas, crudo utilitarismo, ausencia de refinamiento. Pero este predominio de la masa — cartabón común— adquiere en Rusia una significación diversa de la que posee en Estados Unidos. Aquí la presión de lo social sobre el individuo no es absoluta. Queda limitada por la peculiar organización jurídica y política, por el respeto a los derechos individuales, por el sentido de la libertad personal, por ciertos elementos de tradición no totalmente extinguidos.

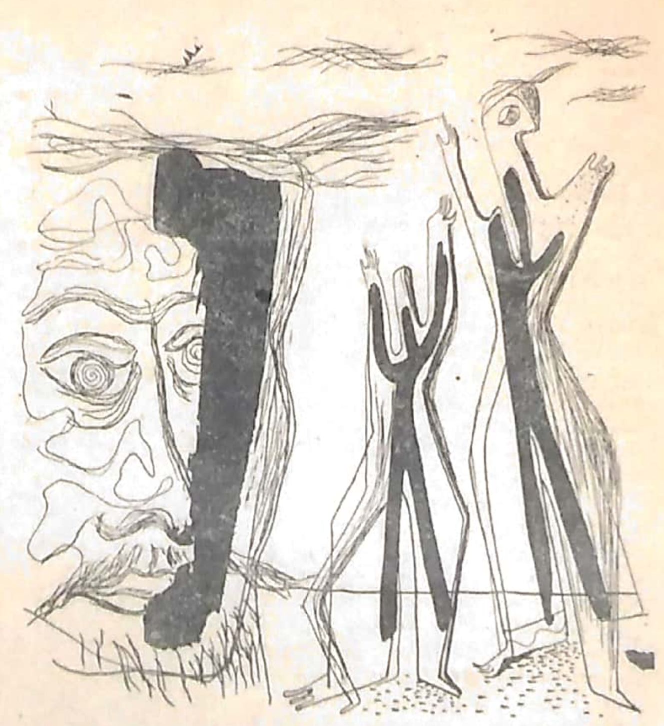
En Rusia, en cambio, la máquina estatal puesta al servicio de los criterios sociales vigentes, oprime hasta la trituración todo intento de eludir la acción del medio. En el Estado soviético no quedan resquicios por donde puedan infiltrarse, siquiera del modo más subrepticio, actitudes o formas de vida individuales divergentes con los cánones impuestos. Ni la religión, ni la ciencia, ni la vestimenta, ni el placer escapan a la rígida vigilancia del supremo tutor de la mesocracia colectiva (4).

Pero de una u otra manera, sea el modo ruso, sea al modo yankee, la cultura occidental tal como Europa la entendió y la difundió a los cuatro puntos cardinales se encuentra amenazada por estos dos colosos que la contemplan con desconfianza y hostilidad. El significado bastardo de la palabra hegemonía está a punto de imponerse, en los hechos, a su acepción original. En otros términos, la dominación de los inferiores intenta ahogarnos en un maremoto de barbarie.

Si midiéramos las fuerzas desde un ángulo puramente cuantitativo, habría que abandonarse a la desesperación o renunciar definitivamente a la salvación temporal del mundo. Las energías en pugna son demasiado dispares y las potencias de resistencia disponibles se encuentran como aletargadas. Pero los patrones de medida de esas fuerzas no son unívocos. En primer lugar, existen en todo agregado social, capacidades virtuales que pueden ser eficazmente opuestas a la potencia ofensiva. En segundo lugar, las culturas que se vieron arrasadas por poderes materiales superiores, lo fueron siempre por su propia decadencia intrínseca más que por la disparidad de las fuerzas en conflicto. La victoria de Maratón fué conquistada sobre un gigante con pies de barro por un pueblo en pleno ascenso cultural; en cambio, la caída de Constantinopla liquidó un Imperio interiormente carcomido.

En la áspera lucha que le espera por la conservación (o la recuperación) de su hegemonía, todo depende pues de la capacidad con que el Occidente (5) sea capaz de salvaguardar sus formas de convivencia y de seguir ofreciendo la posibilidad de realizar altas empresas. La materia —es decir la fuerza— anda siempre en apetencia de formas es decir, de inteligencia. La primera es pasiva e infecunda; sólo la segunda es creadora. Si el Occidente se precipita por la pendiente iniciada hace años y renuncia a crear formas nuevas de vida, copiando servilmente las extrañas, le habrá llegado el momento —tan predicho— de su decadencia definitiva. Sólo un enérgico replegarse sobre sí mismo y la refirmación de los valores que hicieron su grandeza podrá devolverle el rango comprometido.

Para esta operación, los Estados europeos considerados en su individualidad, parecen haber perdido aptitud e inventiva. Resulta evidente que Europa sólo podrá ya actuar sobre el resto del mundo como unidad, cualquiera sea su estructura política. Pero mientras se forjen los nuevos instrumentos de ejecución que Europa necesita o se consoliden los agregados nacionales capaces de asumir aquella tarea, se requiere el soporte de una institución que impida el derrumbe total de la cultura europea en este su período de transición. Esa institución no puede ser otra que la Iglesia. La Iglesia, que ya una vez salvó



para la posteridad lo que había de salvable en la cultura grecolatina, se encuentra nuevamente, y sin perjuicio del carácter permanente de su misión sobrenatural, en las puertas de un alto destino histórico. Sólo ella se presenta como instancia superior a la cual puedan las demás referirse. Sólo ella ha conservado intacta su tradición. Sólo ella monta guardia alrededor del patrimonio social que las dolientes comunidades europeas apenas pueden hoy, como tales, proteger.

La superación del Estado liberal moderno, único medio de salvar la cultura occidental, no significa sin embargo la anulación de las comunidades nacionales, como lo querría el huero internacionalismo de las superestructuras estaduales. Más aún, para esta trascendental misión supletoria, la Iglesia necesitará —como necesitó siempre— del concurso del "brazo secular". De entre las naciones no irremesiblemente anuladas, dos aparecen hoy con grandes posibilidades históricas para el ejercicio de esa misión: España y la Argentina. Acerca de las condiciones temporales en que pueda ser cumplida, nos ocuparemos en otra ocasión. Hoy baste apuntarla. Y advertir rápidamente, para eludir la acusación de utopismo, que aquellas posibilidades están lejos de ser inmediatas y necesarias. Afirmamos simplemente que existen y que sus perspectivas de realización están en razón directa de la capacidad que cada uno de estos pueblos tenga para hacerse cargo de las responsabilidades que imponen.

En síntesis: la hegemonía clásica de los pueblos dirigentes está a punto de ser reemplazada por la dominación material de los opresores. Esta sustitución implicaría la ruina de la cultura occidental. La perspectiva no es, sin embargo, irrevocable. Como a la caída del Imperio Romano, la Iglesia constituye la única esperanza temporal de salvación, junto con las naciones cristianas que conserven intacto su dinamismo histórico y se mantengan fieles a su destino. La lucha que se entabla entre los dos sentidos de la palabra hegemonía es la que decidirá, en definitiva, entre la continuidad o el fin de nuestra civilización.

Mario Amadeo

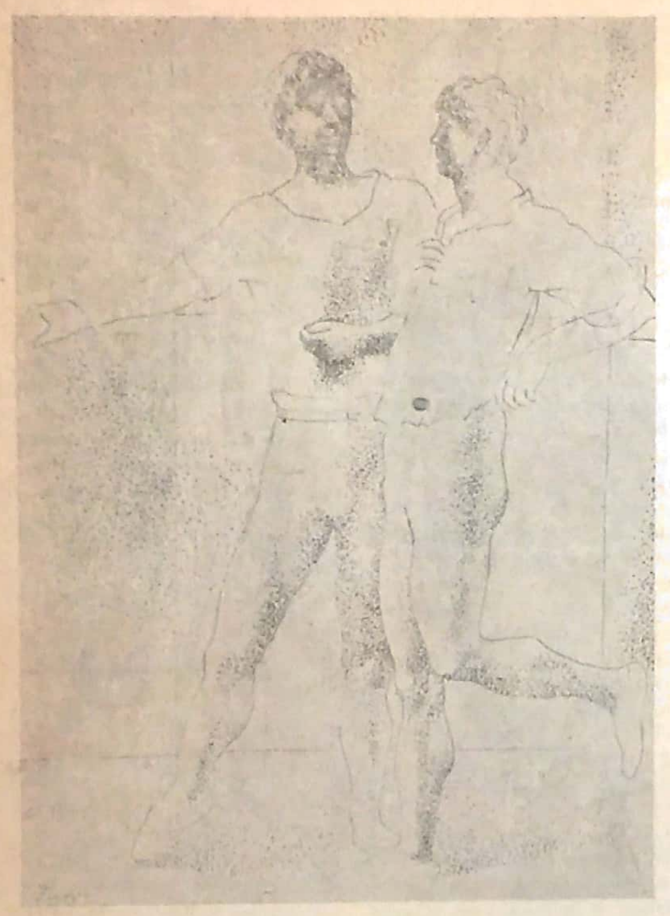
(1) Empleamos la palabra "secundarios" con relación a los valores mencionados con anterioridad; no porque los consideremos *en sí* despreciables o insignificantes.

(2) Cerró el templo de Jano, impuso límite a la licencia salida de cauce y reprimió los abusos reviviendo las antiguas virtudes.

(3) De donde se exaltó el nombre latino y se aumentaron las fuerzas de Italia y voló la gloria y la majestad del Imperio desde donde sale el sol hasta el ocaso.

(4) Sobre la vida contemporánea en Rusia, ver el libro de Gaetano Ciocca *Juicio sobre el Bolchevismo*, Madrid 1945.

(5) Excluímos expresamente de la extensión de este término a los dos grandes países antes mencionados, por las razones expuestas.



Dos Muchachos, 1923 — PABLO PICASSO

SALARIOS Y JUSTICIA SOCIAL

La política seguida hasta el presente en materia de salarios por el Gobierno de la Revolución ha sido objeto de toda clase de profecías adversas que anunciaban como irremediable una catástrofe económica a corto plazo.

Es evidente que, sin necesidad de pintar el cuadro con colores tan negros, no es posible pensar tampoco que pueda ocurrir indefinidamente una alza progresiva en los salarios, sin que ello tenga una importante repercusión en el orden económico.

Para la mentalidad "conservadora" se presenta al nuevo Gobierno un dilema sin solución: o se continúan aumentando los salarios —y ello conducirá a una inevitable crisis económica—, o se detienen esos aumentos, y ello dará lugar a una grave crisis política.

Como se ve ninguna de las dos alternativas presenta perspectivas muy gratas. Sin embargo, puede afirmarse que el dilema es falso porque existe una tercera posibilidad. Pero también es cierto que esta posibilidad no puede darse por sí sola dentro del orden de la economía liberal capitalista, sino que ella deberá ser provocada deliberadamente por quienes estén en condiciones de influir en el desarrollo de nuestra economía inspirados en el *bien común* y no en el lucro.

El bien común, en efecto, exige que se procure una mayor satisfacción de las necesidades de *todos* los habitantes. Es esta una finalidad totalmente ajena a la economía capitalista. Tampoco puede lograrse ese propósito en forma acabada procurando una mera redistribución de las rentas actuales, que no otra cosa pretende la política del aumento de salarios. Dejando de lado el remanido tópico de los salarios reales y los nominales es evidente que los simples decretos de aumento no constituyen una solución definitiva.

La tercera alternativa está fuera de estos dos caminos; no puede consistir sino en un aumento de la producción total que permita un mayor bienestar general a través de mejores salarios, sin anular los móviles básicos de la actividad económica actual. Pero esta solución en definitiva sólo puede lograrse mediante un contralor efectivo de la hacienda pública (finanza), con el apoyo de un adecuado progreso tecnológico.

Para que la economía se coloque al servicio del Estado no es necesario nacionalizar todas las empresas de alguna importancia, como a veces parecería pensarse. Es suficiente con que el Estado actúe sobre el aspecto esencial del capitalismo que es el de las inversiones, mediante una hábil política de estímulo y vigilancia. Esto solo daría el instrumento necesario para lograr el aumento de la producción y sus favorables resultados de todo orden.

La oportunidad se presenta particularmente propicia para que la Argentina se embarque en una política de este tipo tanto por las circunstancias de orden interno como externo. Las formidables dificultades de los últimos años, que con tan inesperado éxito pudieron superarse, han creado una conciencia general de nuestra potencialidad material y técnica. El momento político está pleno de posibilidades. Sólo hace falta una visión clara y la decisión para actuar. Pareciera, sin embargo, que el Gobierno teme —para usar la expresión que Bonn aplicara al socialismo alemán— perecer como Sansón junto con los filisteos de la economía al destruir las columnas del sistema capitalista.

En este sentido reviste una singular trascendencia la reforma del régimen bancario. Se trata de una medida valiente y que ha de marcar rumbos en la materia. Con ella se ha cumplido el indispensable requisito previo del gobierno de la finanza. El presidente electo ha formulado recientemente (25 de abril ppdo.) declaraciones al diario "El Imparcial" de Chile que son verdaderamente auspiciosas por la orientación que revelan. Luego de referirse a las reformas de orden económico que propugnará su gobierno, añadió que "el país, más rico por su mayor producción agrícola y multiplicada su riqueza por la industrialización, arrojará beneficios suficientes para satisfacer la justicia social que propiciamos".

Este tópico de la *justicia social* necesita, no obstante, ser aclarado. Ya va resultando cargante la insistencia con que se repite por unos y otros, sin que nadie sepa exactamente lo que quieren significar. En boca del Gobierno, la justicia social se ha parecido mucho, hasta ahora, a la demagogia —y esta es la objeción que le hacen, generalmente, los sectores afectados por las medidas de bien social—. Para los adversarios del Gobierno, la justicia social es un instrumento de propaganda partidaria, cuya eficacia lamentan no haber comprendido a tiempo.

La preocupación por el bien común no aparece claramente definida ni en unos ni en otros y, por consiguiente, tampoco la verdadera idea de justicia.

La justicia social no es, en efecto, más que un aspecto de la virtud de justicia, y precisamente, aquella parte de la justicia que considera a los hombres como miembros de una sociedad, de una *institución* y solidarizados en la prosecución de un mismo bien común (cf. G. Rénard). Ella establece una igualdad, pero no la igualdad perfecta aritmética —la única que concibe el liberalismo— sino una igualdad de proporción.

La igualdad perfecta entre los individuos, como tales, se rige por la justicia conmutativa; la igualdad entre los miembros de una comunidad, como tales, se rige, en cambio, por la justicia social, que mide las obligaciones de los participantes de esa comunidad en tanto posean un estado en ella o están investidos de un poder.

De ahí las dos caras, las dos ramas de esta justicia social: la justicia distributiva que establece los deberes de los gobernantes hacia los particulares y la justicia legal o general que establece los deberes de éstos hacia el gobernante.

La verdad es que la *justicia social* del Gobierno puede limitarse al cumplimiento de ciertos deberes del Estado hacia los particulares (aspecto de la justicia distributiva) descuidados hasta el presente. Pero aún bajo este punto de vista las soluciones propuestas son parciales; restablecen los derechos de algunos sectores de la comunidad pero descuidan los de otros, cuya insatisfacción es causa de perturbación latente.

Falta pues extender la esfera de ese reconocimiento de derechos a los demás grupos u órdenes de la sociedad, en proporción a su naturaleza y funciones, y lo que no es menos importante, fijar las obligaciones de tales grupos respecto del Estado, conforme a la regla de la justicia legal.

MIRILLA

A pesar de la todoprofusa información periodística, sabemos sólo muy confusamente lo que acaece en Europa. Fuera de los límites de España, (con su contorno cada vez más de escudo), amenazada y defendida por odios de terceros y con la que se ensaya —en la liza incruenta de las cancillerías— un tanteo de posiciones

futuras, el resto del mapa es campo de sobrevivientes y de aniquilados.

Tensión violenta, disputas agrias, angustiosas transacciones de último minuto, admoniciones del ex "grande" Churchill con su secuela de desmentidos y de aclaraciones; qué fácil es predecir, sobre lo que él llamó "horrible confusión", un estallido.

Mientras tanto se toman posiciones: Inglaterra, conciente de ser tercera, muda su elenco para evitar fricciones y parece que ensaya la audaz maniobra de abandonar —militarmente— Egipto e India para retenerlos mejor por los otros medios en que es maestra. Juego difícil y nuevo para el viejo Imperio: no hay caso de contraponer fuerzas de otros países ni de acudir a la tabla del equilibrio europeo. Rusia está muy cerca de la Isla tangencial y no hay unos y otros para hacerlos luchar en su provecho: hay hunos y no hay otros.

Los americanos del Norte, mientras colonizan las salvajes regiones de Alemania, tienen en casa su gigantesca tentación atómica, sus gigantescas revueltas sociales y su nada enana deficiencia diplomática. El hecho de que la gloriosa Bomba no les haya dado hegemonía absoluta sobre todo el sistema planetario —pues tiene en sí la fuerza cósmica de la insubordinación del átomo— muestra la grandeza de su debilidad; *boomerang* incontrolable, es bueno para ser usado en antipodas excursiones insulares, pero no parece instrumento a aducir *inter pares* que, a lo mejor, tendrían como redargüirlo...

De las huelgas por aumento de salario, de los dramáticos llamados al trabajo sin aumentos, de los aumentos con trabajo, de las incautaciones y hasta expropiaciones, están llenas desde hace 6 meses las segundas hojas de los diarios grandes y las primeras planas de los *juniors*. ¿Puede eso seguir indefinidamente sin enervar la producción de paz y la de guerra? Y, sobre todo, dejando las consecuencias a un lado, ¿signo de qué, prólogo de qué, es ese estado de atomización social? ¿No será fermento ruso en odres yankis?

¿A qué comentar, tan luego nosotros, que hemos seguido el rastro y conocido el rostro de Braden, el malhumor de esa diplomacia sin señorío que obtiene el efecto contrario que procura? No puede, mientras no cambie (y ¿cómo cambiar si así está hecho?) aspirar a la rectoría del mundo un país que se ha conseguido, siendo la potencia más fuerte de Occidente, la malquerencia de sus vecinos para abajo y la desconfianza de los europeos.

Mientras, el astuto y perverso Stalin permanece único entre los "grandes", verdadero victorioso, Amo del Oriente, con su cortina metálica bajada en medio de Alemania. Heredero de los sueños de Pedro el Grande, forcejea por el Adriático con Tito y por el Mediterráneo a través de Grecia o sobre Tripoli, en busca de mares calientes. Solo ante la Europa envilecida en Nuremberg, enfrenta a su único rival con las armas de una diplomacia elástica y osada, le disputa sus mercados naturales y llega con sus misiones hasta las mismas márgenes del Plata.

Clemente Espejo

CIRUGIA EN LA UNIVERSIDAD

Previa guerra, o guerrilla de nervios, amagos laboristas, a favor el gobierno del descalabro que en Febrero sufrieran las fuerzas democráticas precisamente en el campo de las libérrimas elecciones reclamadas, las Universidades cayeron arrolladas por las últimas olas de una revolución que la profesional y oficial *inteligentzia* del régimen se mostrara incapaz no ya de dirigir o prevenir, mas ni siquiera prever en su palmaria e histórica necesidad.

El hecho, remate sin pena ni gloria de una lucha, desigual a causa de los errores de los vencidos más que de los aciertos de los vencedores, tiene un valor de símbolo y de síntoma.

La Revolución nacional, prevista y preconizada sólo por la nueva generación política que a pesar de sus muchas deficiencias ha tenido empero el mérito impar de la intuición histórica; desencadenada y llevada entre tumbos y fracasos contra todos los obstáculos y acechanzas por el empuje rudo y el instinto simple de la acción militar en conato feliz de gobierno propio; y respaldada en fin por la esperanza y la confianza acaso ciega de las masas, rebeladas si pero capaces de sublimar por fin en alegre patriotismo largos años de resentimiento y amargura; no podía encontrar en la Universidad, hechura del régimen destartalado, mediocre y ciega más que envilecida, resistencia eficaz.

En medio de la algazara juvenil de las descamisadas turbas, masa dócil y fácil, libre de amor y de odio todavía, temida por la frivolidad de un mundo que la ignora, se vió una fuga triste de rábulas desorientados y solemnes, aplastados por la demagogia que en su propia inconsciencia habían provocado.

No se puede mirar el episodio, por ahora intrascendente para los intereses perennes de la cultura nacional que todavía subsiste, como puede, al margen de todas las estructuras oficiales de la vida argentina, sin un dejo de aprensión o de pena, frente a la revelación de la temible anemia en toda su debilidad. Incluso, cabe seguir con ansiedad los aprestos quirúrgicos de las honorables personalidades científicas que han tomado sobre sí la responsabilidad del caso.

El problema universitario no es más que un aspecto de la crisis que sufre la cultura nacional. Ya está dicha, pues, su dimensión histórica y social. No se trata solamente de una crisis de hombres, pero no es tampoco una mera crisis de organización o de sistemas. Es una crisis por carencia de principios y de vida.

La Universidad, agnóstica, se vedó a sí misma el acceso a las fuentes de la verdad y muestra hoy toda la vaciedad de su ser. Porque no se puso al servicio total de la verdad ha visto deshacerse en su palestra de intereses no de idea, sus más altos valores; y así revela su estructura de mecanismo burocrático, carente de principio vital, hecha instrumento de la economía. La mascarada triste del año pasado, ese simulacro de energías morales, esa irresponsable explotación de holocaustos extraviados en que cierta juventud vertió la sangre de su generosidad vacía, sólo fué un aspaviento al margen de la historia, agitación sin sentido, frivolidad en trance de traición, cuando no servilismo consciente respecto de amos, juzgados, con error, más fuertes que el Estado y que el País.

La bajeza con que la Universidad, en anticipo de triunfales represalias, creyendo capitalizar el botín de guerras extranjeras, allanó sus propios fueros y levantó picotas para algunos de sus auténticos y rarísimos valores, permitía esperar la rendición de hoy.

Pero fuera error sin límites vender la piel del zorro muerto y agazapado; tanto como dar en la ingenuidad de apresurar leyes o estatutos, con fácil optimismo y sin la alianza del tiempo, que en las cosas humanas, máxime de la cultura, pronto derriba y pudre lo que se hace sin él.

Los tiempos revolucionarios suelen ser tiempos de impaciencias jacobinas, buenos para amargas cosechas, malos y duros para buena siembra.

Una tentación revolucionaria podría ser la conquista por asalto de la universidad, otra, la ilusión de darle ante todo la libertad y más libertad. Acaso el camino verdadero sea ponerla simple pero humildemente en el camino de la Verdad libertadora.

UNA LECCION DE ZUBIRI

Para quien haya seguido con alguna atención la vida intelectual española de los últimos quince años, el nombre de Zubiri no puede serle desconocido. En la *Revista de Occidente* primero, y en *Cruz y Raya*, más tarde — para no referirnos sino a publicaciones de amplia difusión entre nosotros — tuvo el lector argentino ocasión sobrada de admirar las dotes excepcionales del que ya aparecía como notable pensador. De ahí que la —con no poco recardo— llegada a nuestras librerías de "Naturaleza Historia, Dios", no nos haya tomado de sorpresa.

En efecto, desde la publicación en las citadas revistas de sus primeros trabajos filosóficos, muchos éramos los que esperábamos con impaciencia que Zubiri se resolviese a juntarlos en libro. En el volumen recién llegado a Buenos Aires, a esos primeros trabajos se suman otros de más próxima data. De decisión tan feliz somos ahora beneficiarios todos los lectores de habla española.

Este libro de Zubiri viene a poner en claro la más viva, honda y rigurosa preocupación intelectual contemporánea. Nos referimos a aquélla que en las mejores cabezas actuales, estimaba llegado ya el momento de considerar concluso el ciclo de la filosofía moderna que se inicia con Descartes. Era preciso, urgía, asimilar en lo que parcialmente tuviese de valioso y, al mismo tiempo, situar críticamente en sus desviaciones esenciales, el enorme y progresivo consumo de teorías y explicaciones frustradas, que caracteriza la vida intelectual de los últimos cuatro siglos.

El extraordinario libro de Zubiri conduce sabiamente al lector —al lector que sepa leerlo— hacia el recinto último de la problemática filosófica de nuestro tiempo. A lo largo de sus admirables páginas, este libro pone en evidencia, mediante reflexiones personales y saberes científicos

por igual sorprendentes, qué explicaciones están ya definitivamente superadas, y cuáles los problemas que, sin apartarse un ápice de la indivisible tradición filosófica europea, urge repensar y hacer patentes en orden a nuevas soluciones.

A manera de una primera aproximación a los temas de "Naturaleza, Historia, Dios", haremos a renglón seguido algunas transcripciones del trabajo con que se abre el citado libro.

Comienza Zubiri diciéndonos que "la vida intelectual se encuentra hoy en una situación profundamente paradógica". Algunos de los caracteres esenciales de tal situación serían los siguientes:

1º La positivización niveladora del saber.

2º La desorientación de la función intelectual.

3º La ausencia de vida intelectual.

Más que caracteres fijos, son evidentemente tendencias observables en grado diverso... Pero es evidente que la realidad de esos tres caracteres constituye el peligro radical de la inteligencia, el riesgo inminente de que deje de existir la vida en la verdad. En esta trágica lucha en que se decide la suerte de la inteligencia, el intelectual y la ciencia se ven sumidos, a un tiempo, en una peculiar situación, en *nuestra situación*. A fuer de tal, lo primero que debe hacerse es aceptarla como una realidad de hecho y afrontar el problema que plantea. la restauración de la vida intelectual".

LA VERDAD Y LA CIENCIA

"Si bien se mira, puede verse fácilmente que esos tres caracteres no están producidos al azar. Representan las tres desviaciones a que constitutivamente se halla expuesta la vida intelectual.

Toda ciencia tiene como fin último la verdad. Y en la estructura misma de la verdad están ya dados los tres riesgos a que acabamos de referirnos.

La verdad es la posesión intelectual de la índole de las cosas. Las cosas están propuestas al hombre y la verdad no consiste sino en que la inteligencia revista la forma misma de aquéllas. Cuando la inteligencia expresa esta situación decimos que sus pensamientos poseen verdad. Dicho de otro modo, la verdad es, según la fórmula tradicional, un acuerdo del pensamiento con las cosas. Todo el problema de la ciencia estriba, pues, en llegar a un acuerdo cada vez mayor con la mayor cantidad de cosas. ¿Cuáles son las condiciones de ese acuerdo? En primer lugar algo que es previo al ejercicio de la función intelectual: las cosas mismas están "propuestas" a la inteligencia; esto es las cosas han de estar presentes al hombre. Dejemos de lado toda complicación ulterior. Cualesquiera sean los medios y vías por los que el hombre puede tener presentes las cosas, éstas han de estarlo ante aquél. De lo contrario sería absolutamente imposible ni comenzar a entender. Podríamos, tal vez, pensar, pero estos pensamientos puros no serían por sí solo conocimientos ni verdaderos ni falsos. A esta patencia de las cosas puede darse radicalmente el nombre de verdad. Así la llamaron los griegos: *a-létheia*, descubrimiento, patentización".

. . . .

"Pero el problema de la verdad no queda agotado con ello, ni mucho menos. Si así fuera, la inteligencia no haría sino registrar cosas, una vez que éstos le estuvieran presentes..." "La verdad, como un acuerdo de la inteligencia con las cosas, supone una cierta manera —afortunada o feliz— de preguntarse por ellas. No se trata tan sólo de las interrogantes genéricas que la inteligencia por su propia índole no puede dejar de plantear"... "Trátase más bien de un *modo concreto* de formular esas preguntas genéricas. No es lo mismo el sentido del por qué en fisiología o en psicología. Si se pregunta por qué muevo el brazo, no tiene sentido, para el fisiólogo, responder: porque quiero. Una cosa es preguntarse por qué ocurre un fenómeno, otra delimitar con mi pregunta el área en que voy a investigar el fenómeno, o inclusive forzar a la naturaleza con mis preguntas a que presente fenómenos que sin ellas nunca hubiera presentado... La verdad, pues, presupone un sistema de cuestiones previas con que la inteligencia afronta la realidad".

Zubiri nos dice luego que en su origen ese sistema de preguntas está históricamente condicionado. Hay problemas que sólo se plantean en ciertas épocas... El sistema de preguntas nace de la estructura total de la situación de la inteligencia humana.

"Estas tres condiciones, agrega, pueden expresarse, pues, y deben expresarse, en orden inverso: en su situación concreta el hombre esboza un proyecto, un modo de acercarse a las cosas e interrogarlas, y sólo entonces dan éstas la respuesta en que se constituye el acuerdo con ellas: la verdad". Es aquí donde aparece el triple riesgo a que la inteligencia se halla expuesta en su esfuerzo por la verdad.

A ese triple riesgo corresponden tres grandes desviaciones: positivismo, pragmatismo e historicismo... "Tres desviaciones que no son independientes. Vistas desde su última raíz: la situación histórica del hombre europeo le llevó a apoyar buena parte de su vida en la inteligencia científica; por ello se ve impulsada a dar forma intelectual a su modo de acercarse a las cosas; y gracias a este formulario puede descubrir y precisar lo que son las cosas como hechos".

Algunas páginas más adelante y en un texto particularmente hondo señala Zubiri que "por una analogía externa con el presunto "mundo sensible", se propende a creer que la función primaria del pensar sea formar ideas, de la misma manera que los sentidos, abandonados a sí mismos, no nos don sino impresiones. El pensar sería una especie de sensibilidad o sensación intelectual. ¿Es esto exacto?

"Las ideas son más bien el resultado de la actividad pensante. Y ello ha hecho resbalar muchas veces sobre el oculto principio del pensar mismo. Por su propia estructura objetiva el pensamiento, a diferencia de los sentidos, no tiene su raíz en una mera impresión; o si se quiere no es la impresión lo que constituye primariamente la índole misma del pensar. El pensamiento, por su propia estructura, no puede recibir impresión ninguna si no es desdoblando, por así decirlo, su contenido. El acto más elemental de pensar desdobla la cosa en dos planos: la cosa que es, y aquello que ella es. El "es", es la estructura formal y objetiva del pensar... No se trata de teorías filosóficas, sino de una mera descripción inmediata del acto de pensar. Gracias a este desdoblamiento constitutivo del "es", el pensar se encuentra ante unas cosas, entendiendo de ellas lo que son. A este entender lo que son es a lo que se llama ideas. Por esto, decía, no es la idea principio, sino resultado de la función pensante. Y por esto también, las ideas aun estando *en* mí, son *de* las cosas".

. . . .

"Ahora bien, es fácil observar que la raíz común de las tres desviaciones arriba citadas se halla justamente en el olvido teórico y efectivo a un tiempo de esta radical dimensión objetiva del pensar y de la verdad. Asistimos en ellas a una interpretación del pensamiento que la va reduciendo cada vez más a mera impresión. De aquí a considerarlo tan sólo como un estado del hombre (de los sentidos, de la vida o de la interpretación histórica, poco importa) no hay sino un paso. Dicho en otra forma: el pensamiento en la ciencia tiende vertiginosamente a la pérdida de su objeto: las cosas".

Los párrafos transcritos pertenecen a las partes primera y segunda del trabajo: *Nuestra situación intelectual*, con que comienza el libro de Zubiri. En una tercera parte titulada: *Ciencia, Filosofía, Vida intelectual*, cuya transcripción sería inconveniente fragmentar, el filósofo español lleva a rigurosa conclusión las ideas más arriba enunciadas.

Desde ya prometemos a nuestros lectores que en números próximos de esta revista el libro que ahora nos ocupa será ampliamente estudiado.

A lo largo de sus admirables páginas se dibuja, clara, —aunque asimilada de manera autónoma y personalísima— la enseñanza magistral de Ortega.

M. E.

ATENEA

Color de espiga el adorado pelo
Que el casco ajusta victoriosamente;
Detrás el bosque de laurel, y enfrente
la dura y limpia soledad del cielo.

Cielo de oro y pavor: cielo de hielo
De la antigua mañana transparente.
Dueña del mar, estremecidamente
Alza la alondra sobre el mar el vuelo.

Un instante no más: sólo el instante
De merecerlo todo en la azorada
Clausura de la Amada y del Amante.

Ni alondra ni laurel ni mar ni trigo:
Sólo en la luz perfecta de la Amada
Su musical exactitud conmigo.

Ignacio B. Anzoátegui

NOTA SOBRE EL ARTE DECORATIVO

Al arte, en general, hay que considerarlo esencialmente como expresión de belleza. Según sea la materia donde la belleza irradia se han clasificado las bellas artes. Así, cuando la materia es el color, tenemos la pintura; cuando la palabra, la literatura; cuando el sonido, la música; etc. Mas cuando nos referimos al arte decorativo no podemos asignarle una categoria pareja porque es obvio que, en cierto modo, asume a las demás artes y utiliza la materia diversa de estas últimas para un fin distinto y propio. Todo ello nos está ya indicando que el arte decorativo pertenece a un género aparte en los dominios de las artes bellas.

•

De estas últimas se ha dicho que, ordenadas a la ejecución de una obra, dan ocasión al hombre para contemplar especularmente la belleza. Esta sería un fulgor o relucencia de una idea ejemplar que el artífice encarna en el artefacto. El acto creador del artista tiende, así, a separar, a extrañar, el artista de su concepción. Al adquirir, esta última, categoría de cosa permite al artista contemplar su concepción a distancia, fuera de su mente, en la obra realizada. Un íntimo afán de creación *ad extra* induce al artista a comunicar su mensaje de luz.

¿Se puede afirmar lo mismo del arte decorativo? Me parece que no; y en esta divergencia estriba lo peculiar de este último, lo que hace de él un género irreductible al de las demás artes. La necesidad de ornamentación responde a exigencias muy distintas a la que impulsa al artífice a ejecutar obras de arte singulares. No se hace decoración con el exclusivo fin de ver realizada una concepción artística de la mente y manifestarla al prójimo, sino para embellecer la vida, con entera prescindencia de toda comunicación con nuestros semejantes. La decoración expresa un anhelo de fusión entre la vida íntima y su ambiente cotidiano; no agota su ser en una mera función ornamental, sino que es trasunto y esplendor de la vida misma del artífice. El arte decorativo permite una peculiar vivencia —en el territorio de la pulcritud— de aquel famoso aforismo orteguiano: "yo soy yo y mi circunstancia". Porque la propia vida proyecta realizarse artísticamente, pide manifestarse exornada y en belleza. No hay, pues, disociación —como en las otras artes— entre el sujeto que crea y la obra creada; aquí el artífice de su propia existencia distiende su personalidad hasta el dintorno habitual de sus días y ostenta en éste su decoro. Por eso la decoración implica refinamiento y una dimensión de *areté*, de distinción personal, en tanto que las demás artes no tienen forzosamente esa implicancia. Platón no hubiera excluído de su república al auténtico decorador.

•

Hay que adentrarse hasta los estratos profundos del arte decorativo, remover ese suelo germinal de donde emerge y sólo entonces pronunciarnos acerca de su índole recóndita. Hasta ahora, por increíble inercia, sólo se lo ha referido a su destino ornamental. La misma designación de arte decorativo ha contribuído a su menguada estima porque se ha visto en él un arte que no tiene justificación intrínseca, sino en su ordenación a un fin extrínseco. Y, sin embargo, sean cuales fueren las razones que se aduzcan para menoscabarlo ante la excelencia de las demás artes, el arte decorativo puede ostentar un título magnífico. En efecto, mientras aquellas pretenden una autonomía que llega, incluso, a poner la vida a su servicio, éste pone el arte al servicio de la vida. Se trata, por consiguiente, de dos movimientos espirituales de signo inverso y que requieren, a su vez, en el artista, dotes divergentes. De ahí que la aptitud personal respecto a ambos géneros artísticos suele ser, si no *de jure*, excluyente *de facto* en la mayoría de los casos. Por ese motivo siempre me ha sido sospechosa la actitud despectiva que la mayoría de los artistas adopta frente al llamado arte decorativo. Es fácil comprobar, en efecto, que su postura desdeñosa va acompañada generalmente de una ineptitud —que las precedentes reflexiones explican— para realizar e, incluso, percibir y admirar una verdadera decoración artística. No se trata aquí de resentimiento nietzscheano, porque el artista no se siente disminuído por los aciertos de la decoración ajena a la que otorga poca importancia; más bien habría que recordar, para entender el caso, esa observación de Valery según la cual nos inclinamos con facilidad a negar lo que no comprendemos.

Dotado de mejor juicio por colocarse en más abarcadora atalaya, el auténtico artista de la decoración no subestima los valores estéticos encerrados en las obras de arte singulares. El hecho de que éstas puedan entrar en el material que el decorador utiliza para sus propósitos, le impide, *a priori*, negar o rebajar su mérito intrínseco. Podrá carecer de dotes creadoras para realizar aquellas obras, pero ello no lo inducirá a menospreciarlas.

•

Carece de sentido hacerse cuestión de jerarquías —dentro de una misma escala de valores— entre el arte decorativo y las demás artes. Se trata, como hemos visto, de valores heterogeneos en los que toda *consideración gradual*, de mayor o menor cuantía, no puede servirnos de criterio axiológico.

Pero suele decirse: la inspiración que da origen al arte decorativo es una inspiración de escaso aliento; no arrebata el ánimo del artista haciéndolo vibrar con el patetismo de las grandes emociones líricas. El argumento es seductor, pero su fuerza es más sentimental que intelectual. Advertimos en él un dejo o resabio de perimidas valoraciones románticas. Por eso nadie osaría ahora sostener que el mérito de una obra de arte dependa del éxtasis lírico en que se sumió el artífice. Ese pretendido paralelismo está de sobra desmentido por ejemplos próceres. Y es que las modalidades que puede asumir la inspiración —ya sea en orden a los reclamos de cada género artístico, ya en relación a los diferentes temperamentos individuales— varían en modo indefinido. También las musas soplan donde y cuando quieren.

•

Que la decoración expresa la vida, se puede ver también en la significación de su ausencia y en la de su mala calidad. La ausencia connota, por lo general, desamor a la vida; la fealdad supone siempre una correlativa fealdad del alma, aunque no sea de índole moral.

•

Existe una estrecha relación entre la Arquitectura y la decoración. Ambas asumen a las demás artes y responden, en tanto expresan belleza, a las mismas tendencias de manifestación artística de la vida humana. La Arquitectura es, además, una técnica adaptada a las exigencias de sus fines prácticos y a las necesidades de la construcción. Precisamente en la medida que la Arquitectura es una técnica, un *opus rationis*, se aleja de su naturaleza artística. El no advertir ésto fué la causa del tremendo desvío de todo un Le Corbussier.

•

Antes de que la personalidad humana cobrase plena autoctonía la decoración de gran estilo iba inseparablemente adscrita a la Arquitectura, sepecialmente en la de los edificios públicos. En Roma, sin embargo, ya en tiempos de la conquista de Grecia "se vieron aparecer en las filas de la nobleza los primeros síntomas de los gustos del diletante y del coleccionista que luego tuvieron tanto desarrollo" (Mommsen, Histoire



Romaine, ed. Garnier, t. IV, p. 80). Así, "los talentos del buen conocedor se desenvolvieron en Italia. Habíase comenzado por artículos de plata y bronce; al principio de esta época (la de Mario y Sila) se empezó a estimar no sólo las estatuas sino también los cuadros griegos" (Ib. t. V, p. 320). En tiempos de César "se corría tras las obras de arte antiguo, menos en verdad tras los cuadros y las esculturas, que tras los muebles artísticos y toda suerte de adornos para la habitación y la mesa, *conforme al gusto rudo de los romanos*". (Ib. t. VII, p. 369). Esto último, subrayado por mí, va por cuenta de Mommsen que, de acuerdo al enfoque corriente, hace de la decoración un arte menor y no un género diverso en el que caben egregias realizaciones. Mas lo que me interesa apuntar ahora, aunque sea de pasada, es el hecho de que las aficiones decorativas, en cuanto implican distinción y refinamiento personal, aparecen en Roma junto a las más evidentes demostraciones de su poderío. La relación entre la distinción y la grandeza política es un tema inédito que pienso desarrollar en otra oportunidad.

•

Estaba reservada a la edad moderna la propensión introspectiva y refleja de la mente que permitió explorar y contemplar los mundos interiores. El yo, odioso para los jansenistas y también para los arcaizantes, se descubre ante la mirada atónita del hombre en un proceso progresivo de ensimismamiento. Lo menos que habría que decirle a Pascal es que ese yo, para él tan "haissable", ofrece unos paisajes quizá más interesantes que los de la naturaleza ya que, aunque caña quebradiza expuesta a mínimos riesgos, se muestra, sin embargo, superior a las estrellas. Y cuando el yo comienza a verse sumergido en la existencia y a apreciar la *vita beata*, no sólo en el transmundo, sino en éste, en el mayor conocimiento que de sí mismo logra, va aneja una mayor exultación vital propicia a todas las artes y, especialmente, a la decoración. Esta es, en efecto, una aspiración recóndita de la vida cuando busca encaminarse bajo el signo de la hermosura.

Por eso, hacia el fin de la Edad Media y en el Renacimiento, la eclosión de las artes corresponde a un desborde vital concomitante. La jocunda y entreverada floración de belleza no permitía todavía discernir entre las bellas artes ni el papel diferente que, entre ellas, desempeñaba la decoración. Es menester aguardar el ulterior sosiego de aquellas esplendidas turbulencias para llegar, en el Siglo XVIII, al apogeo del arte decorativo.

"Là, tout n'est qu'ordre et beauté, luxe, calme et volupté"

Y, "quien no ha conocido el antiguo régimen, dirá Tayllerand durante el Imperio, no ha conocido la alegría de vivir".

Mas luego sobreviene el temporal romántico. Las tolvaneras afectivas y pasionales de la personalidad ofuscan la visión integral de la vida, la del yo mismo y la del mundo circundante. Confundida la belleza con el sentimiento, no tuvo, como es fácil comprender, expresión objetiva y la decoración padeció el consiguiente detrimento. Hay que aguardar pues, la hora de la serenidad recobrada. En medio de la crisis contemporánea ya emergen, para quien sea capaz de atisbarlos, los síntomas de la futura forma que puede adoptar la existencia si la gravedad de los males que nos aquejan no troncha los brotes de un porvenir dichoso. Los nuevos tiempos parecen expandirse por los itinerarios de la vida, según las geniales anticipaciones de Nietzsche. Agotadas las posibilidades del racionalismo y las esperanzas cifradas en el sentimiento romántico de la existencia, se presenta, por primera vez en la historia, la vida en sí misma y no en sus operaciones, como valor supremo en el orden natural. Todo induce a suponer que la humanidad va a intentar ese paso; y si ello fuera así, sería congruo con el futuro intento el nuevo auge de la decoración que se advierte en todas partes. Es verdad que el estilo —ese ingrediente constitutivo de toda obra de arte nacida en un medio social estructurado, como afirma admirablemente Máximo Etchecopar —va a estar necesariamente ausente en nuestros días. La Revolución Francesa, junto con el orden normal y tradicional de las sociedades, lo centrifugó de nuestra cultura. El nuevo arte afrontará a la vida desnuda, pero no puede dudarse de que la vida va a exigir acatamiento al arte y para ello tendrá necesariamente que asumir ella misma la belleza. Se puede, pues, predecir una espléndida epifanía de la decoración. Y tal vez se consiga, por esa como forzada *regressio usque ad materiam primam* que es la sumersión del alma en las entrañas cósmicas del vivir, generar una nueva forma, un nuevo estilo, que nos reintegre al orden que destruyó la Revolución. Pero el mayor peligro es el Estado.

César Pico

☆ ☆ ☆

ASISTA AL ACTO QUE EN HOMENAJE A ESPAÑA TENDRA LUGAR EL JUEVES 6 DE JUNIO A LAS 18.30 EN EL TEATRO COMICO Y QUE SE REALIZA BAJO EL PATROCINIO DE BALCON.

☆ ☆ ☆

CINE

ROSA DE AMERICA

Pocos, o tal vez, ningún tema es cinematográficamente más difícil que el de la santidad. ¿No hemos visto recorriendo la corta historia del cine a toda clase de actores moviéndose ante la cámara con la pretensión de querer hacerse los santos sin tener idea de lo que se trata? La humildad, la inocencia, la caridad con lo embarazosas que son de imitar están en el repertorio de todo buen actor en la medida de su temperamento, pero no alcanzan ni a la mitad del camino de las dificultades que se encuentran para representar la santidad, cosa tan extraña y escasa, que, al no verse en el correr de la vida con mucha frecuencia, el arte no la suele saber transformar en su materia.

Aquella unión con Dios que relumbran los rostros sencillos, los ojos sin tormentos penetrados en lo abstraído, la tez tranquila, la aureola que circunda y baña las figuras de Palmerucci, Baronzio, el Angélico o Taddeo Gaddi, es un espectáculo que el mundo no ofrece de corrido y que su arte no sabe reflejar con la insistencia que exige lo presente.

El cine no es de aquélla época sino de la nuestra, y suele recorrer muy distintos caminos: el odio, el egoísmo, el deseo, el crimen . . . indudablemente cada época tiene el arte que se merece. La santidad como expresión de arte es hoy una quijotada tanto más admirable cuando no es mera osadía sino también acierto.

Pero las dificultades de una película del corte de "Rosa de América" no paran aquí. Cuando habla una santa por boca de una actriz su lenguaje no es sólo hecho de belleza sino de verdad también, igual que sus actos no son arte exclusivamente sino principalmente actos que una santa puede hacer. A menudo se ha olvidado en esta clase de producciones la teología mística y aún la teología moral. A este respecto el cronista no puede menos que recordar a un oscuro fraile que saliendo de un "salón de actos" decía para sí "de seguro que si el santo hubiera hecho todo eso se estará quemando en el infierno".

Estos obstáculos son salvados a las mil maravillas en "Rosa de América". La vida de Santa Rosa de Lima es dada con fidelidad en una serie de estampas perfectamente ligadas y elegidas con gusto, entrelazando sugestivos y emocionantes episodios.

La labor del director ha sido guiada por el criterio, el sentido de la sencillez y una sobriedad a tono con las exigencias del tema.

Lo más notable en lo que Delia Garcés ha hecho es la seguridad que imprime a su personaje, seguridad en creer y vivir, independencia, valor, amor sin estremecimientos, mansedumbre y un misticismo deliciosamente humano y rigurosamente sobrenatural.

BALCON
REVISTA SEMANAL
Dirección y Administración
Sarmiento 930 6o. B.
Suscripción anual $ 15.-
Semestral $ 8.- Trimestral $ 5.-
Número suelto $ 0.30

Jun 1946